

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
 Sentada cual matrona hospitalaria,
 Nido seguro en la fortuna varia
 De los bajeles, aves de la mar;
 Ciudad que dejo con dolor profundo,
 Tú, cuya imágen en mi pecho vive,
 Tú, mis últimos votos hoy recibe
 Y mi primer saludo al regresar!

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérnosla. Como la estacion es hermosa, comerémos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pié del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que ecsige un viage de dos años en paises sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras

de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado ademas un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, que conoce la suerte que reservan los griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.

17 de Junio de 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevee que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le quería como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte en mi dolor, la parte princi-

pal, la desgracia entera si hubiera podido; es un corazon que solo vive de la dicha, ó que no sufre mas que de la desventura de los demas. Cuando yo estaba, hace quince años, en Paris, solo, enfermo, arruinado, desesperado y moribundo, él pasaba las noches velando junto á mi lámpara de agonía; cuando he perdido á algun ser adorado, siempre él ha sido quien ha venido á darme el golpe para mitigarle; cuando murió mi madre, él llegó junto á mí al mismo tiempo que la fatal noticia, y me llevó de doscientas leguas de distancia hasta la sepultura, donde en vano iba á buscar el supremo adios que ella me habia dirigido, pero que yo nunca oí!... Mas adelante!... Pero todavía no han acabado mis desgracias, y aun hallaré su amistad miéntras haya amarguras que restañar en mi corazon, miéntras haya lágrimas que mezclar á las mias.

Dos hombres honrados, de talento, instruidos, dos hombres como hay pocos, han llegado tambien para acompañarnos en esta peregrinacion: el uno es M. de Capmas, sub-prefecto, á quien la revolucion ha cortado la carrera, y que ha preferido los precarios azares de un porvenir duro é incierto á la conservacion de su empleo; un juramento hubiera repugnado á su honradez, porque hubiera parecido interesado. Es uno de esos hombres que nada calculan delante de un escrúpulo del honor, y en

quienes las simpatías políticas tienen todo el calor y la virginidad de un sentimiento.

El otro de nuestros compañeros es un médico de Hondschoote, M. de la Royere, á quien conocí en casa de mi hermana, en la época en que yo meditaba este viage. La pureza de su alma, la gracia original y sin pretension de su ingenio, la elevacion de sus sentimientos políticos y religiosos me hicieron una viva impresion, y me inspiraron el deseo de llevarle conmigo, mas bien como recurso moral, que como providencia de salud: luego me he felicitado mucho de haberlo hecho así; en mucho mas estimo su carácter y su alma que su saber, aunque ha probado que lo posee muy profundo. Mucho mas hablamos de política que de medicina: sus miras y sus ideas sobre el estado presente y el porvenir de Francia son muy vastas, y sobre todo, muy superiores á toda consideracion de afecto ú odio personales: sabe que la Providencia no hace acepcion de partido en su obra, y ve, como yo, en la política humana, ideas y no nombres propios. Su pensamiento va al fin, sin curarse de por quién ó por dónde hay que pasar, y su cabeza no tiene ninguna preocupacion, ninguna ciega predileccion ni aun las de su fé religiosa, que es sincera y ferviente.

Seis criados, casi todos antiguos ó nacidos en la casa paterna, completan nuestra expedicion: todos

parten con júbilo y miran este viage con un interés personal. Todos creen viajar para sí mismos y arrostran alegremente las penalidades y los peligros, que no les he disimulado.

En la rada, fondeado delante del pequeño golfo de Montredon, el 10 de Julio de 1832.

Ya he partido: ya he confiado á las olas nuestro destino: solo me une ya al suelo natal el recuerdo de los seres queridos que dejo en él, el recuerdo sobre todo de mi padre y de mis hermanas.

Para esplicarme á mí mismo como, frizando ya en el término de mi juventud, en aquella época de la vida en que el hombre se retira del mundo ideal para entrar en el de los intereses materiales, he dejado mi serena y apacible ecsistencia de Saint-Point (1), y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, endulzado por una esposa, embellecido por una hija; para esplicarme, digo, á mí mismo, como vago por el inmenso mar hácia unas playas y un porvenir desconocidos, tengo que remontarme á la fuente de todos mis pensamientos, y buscar en ella las causas de mis simpatías y de mis gustos viajeros.—¡Ah! ¡la imaginacion tiene tam-

[1] Hermosa quinta que posee el autor cerca de Macon, su patria, en la Borgoña.—*N. del T.*

bien sus necesidades y sus pasiones! Yo he nacido poeta, es decir, mas ó ménos inteligente de esa hermosa lengua que Dios habla á todos los hombres, pero mas claramente á algunos, por la via de sus obras. Jóven, oí ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en las selvas, en los lagos, á la orilla de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes, y aun traduje á la lengua escrita algunos de sus acentos que me habian conmovido y que á su vez conmovian otras almas; pero aquellos acentos no me bastaban ya: ya habia yo agotado esas pocas palabras divinas que nuestro suelo de Europa dice al hombre, y tenia sed de oír otras en mas sonoras y esplendentes riberas. Mi imaginacion estaba prendada del mar, de los desiertos, de las montañas, de las costumbres y de las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida, el Oriente habia sido el sueño de mis dias de tinieblas en las brumas de otoño y de invierno de mi valle natal. Mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol: necesita luz, necesita aquel rayo de vida que vibra ese astro, no desde el rasgado seno de nuestras nubes de occidente, sino del fondo de aquel firmamento de púrpura que se parece á la encendida boca del horno; aquellos rayos no son solamente un resplandor, sino que llueven abrasantes, que calcinan al caer las rocas blancas, los chispeantes picos de las montañas, y que van á teñir el océa-

no de carmin como un incendio flotando sobre sus olas! Tenia necesidad de coger, de apretar con mis manos un poco de aquella tierra, que fué la tierra de nuestra primera familia, la tierra de los prodigios; de ver, de recorrer aquella escena evangélica, donde se realizó el gran drama de una sabiduría divina en lucha con el error y la perversidad humanas! ¡donde la verdad moral se hizo mártir para fecundizar con su sangre una civilización mas perfecta! Y luego yo era y habia sido, casi siempre, cristiano por el corazon y por la imaginación; mi madre me habia hecho de esa suerte; algunas veces habia dejado de serlo en los dias ménos buenos y ménos puros de mi primera juventud; la desgracia y el amor, el amor completo que purifica todo lo que abrasa, me [habian rechazado igualmente andando el tiempo á aquel primer asilo de mis pensamientos, á aquellos consuelos del corazon que pide uno á sus recuerdos y á sus esperanzas, cuando todo el tumulto del corazon cae por sí dentro de nosotros: cuando todo el vacío de la vida nos aparece despues de una pasión apagada ó una muerte que no nos deja nada que amar! —Ese cristianismo de sentimiento habia vuelto á ser un dulce hábito de mi mente. Yo me decia muchas veces: ¿Dónde está la verdad perfecta, evidente, incontestable? Si en alguna parte está es en el corazon, es en la evidencia sentida contra la

cual no hay raciocinio que prevalezca; pero la verdad del espíritu en ninguna parte está completa; está con Dios y no con nosotros: nuestro ojo es demasiado estrecho para absorber un solo rayo de ella; toda verdad, para nosotros, no es mas que relativa; lo que sea mas útil á los hombres será por consiguiente lo mas verdadero tambien; la doctrina mas fecunda en virtudes divinas será, pues, la que contenga mas verdades divinas, porque lo que es bueno es verdadero: toda mi lógica religiosa se cifraba en esto; mi filosofía no se elevaba mas allá, me vedaba las dudas, los diálogos interminables de la razón consigo misma, dejándome esa religión del corazon, que tan bien se asocia con todos los sentimientos infinitos de la vida del alma; que nada resuelve, pero que lo acalla todo.

10 de Julio, á las 7 de la tarde.

Muchas veces me digo:—¡Esta peregrinación, si no de cristiano, á la ménos de hombre y de poeta, le hubiera gustado tanto á mi madre! ¡Su alma era tan ardiente y se coloraba tan pronto y tan completamente con la impresión de los sitios y de las cosas! ¡Cuánto no se hubiera ecsaltado su alma ante ese vacío y sagrado teatro del gran drama del evangelio, de ese drama completo donde la parte humana y la parte divina de la humanidad hacen

cada cual su papel, la una crucificando, la otra crucificada! Este viage del hijo á quien tanto amaba debe sonreírle todavía en la celestial morada donde la veo; ella velará sobre nosotros: ella se colocará como una segunda Providencia entre nosotros y las tempestades, entre nosotros, y el *simun* (1), entre nosotros y el árabe del desierto! Ella protegerá en todos los peligros á su hijo, á su hija por adopción y á su nieta, ángel visible de nuestro destino, que llevamos con nosotros á todas partes. ¡La quería tanto! posaba su mirada con una ternura tan inefable, con un deleite tan penetrante en el hechicero rostro de esa niña, la última y la mas hermosa esperanza de sus numerosas generaciones! Y si hay imprudencia en esta empresa que tantas veces habíamos meditado juntos, me la hará perdonar allá en su altura en gracia de los motivos que son: Amor, Poesía y Religion.

El mismo día al anochecer.

Aun aquí viene á acosarnos la política. Hermosa es de ver la Francia en un porvenir cercano; la generacion que se levanta sabrá, por la virtud

(1) Viento abrasador que revuelve las arenas del desierto como las olas del mar en una tempestad.—*N. del T.*

de su edad, prescindir absolutamente de nuestros rencores y de nuestras recriminaciones de cuarenta años: poco le importa que se haya pertenecido á tal cual odiosa denominacion de nuestros rancios partidos; ella no tomó parte alguna en las contiendas, no tiene en su mente ni preocupaciones ni venganza. Se presenta pura y llena de fuerza á la entrada de una nueva carrera, con el entusiasmo de una idea, y nosotros, insensatos, llenamos todavía esa carrera con nuestras rencillas, nuestras pasiones, nuestras eternas disputas. ¡Hagámosle sitio! ¡Cuánto hubiera yo celebrado entrar en ella en su nombre, mezclar mi voz con la suya en la tribuna, donde no resuenan todavía mas que repeticiones sin eco en el porvenir! ¡Donde se pelea con nombres de personas! ¡Ya hubiera llegado la hora de encender el faro de la razon y de la moral sobre nuestras tempestades políticas; de formular el nuevo símbolo social que el mundo empieza á presentir y á comprender; el símbolo de amor y caridad entre los hombres, la política evangélica! Yo á lo ménos, por mi parte, no me echo en cara ningun egoismo sobre ese punto; yo hubiera sacrificado á ese deber hasta este viage, hasta este sueño de mi imaginacion de diez y seis años! ¡Ojalá suscite el cielo hombres, porque nuestra política avergüenza al hombre; hace llorar á los ángeles! El destino da una hora por siglo á la humanidad para regenerarse; esa

hora es una revolucion, y los hombres la pierden en despedazarse entre sí:—dan á la venganza la hora concedida por Dios á la regeneracion y al progreso.

El mismo dia, al ancla, en el mismo fondeadero.

La revolucion de Julio, que me ha affigido profundamente, porque amaba con un entrañable amor hereditario á la antigua y venerable familia de los Borbones, porque estos recibieron el amor y la sangre de mi padre, de mi abuelo, de todos mis parientes; porque hubieran recibido la mia si hubieran querido; esa revolucion sin embargo no me ha ecsasperado, porque no me ha sorprendido. Yo la ví venir de lejos; nueve meses ántes del dia fatal, la ruina de la nueva monarquía estaba escrita para mí en los apellidos de los hombres á quienes cometió el cargo de dirigirla. Aquellos hombres eran honrados y leales, pero eran de otro siglo, de otras ideas; miéntras que el pensamiento del siglo caminaba en un sentido, ellos iban á caminar en otro; la separacion estaba consumada en la mente y no podia tardar en estarlo en las obras; la cuestion no era mas que de dias y de horas. ¡Y lloré esa familia que parecia condenada al destino y á la ceguera de Edipo! ¡Lloré, sobre todo, ese divorcio innecesario entre el pasado y el porvenir!

¡El uno podia ser tan útil al otro! La libertad, el progreso social hubiera recibido tanta fuerza de esa adopcion, que las antiguas casas reales, las antiguas familias, las antiguas virtudes, hubieran hecho de ellos! ¡Hubiera sido tan político y tan dulce no separar la Francia en dos campamentos, en dos afectos, y marchar todos juntos, unos apretando el paso y otros acertándole, para no desunirse en el camino! ¡Todo esto no es ya mas que un sueño! ¡Justo es llorarlo, pero no perdamos el tiempo en repasarlo inútilmente! ¡Es preciso trabajar, es preciso andar; tal es la ley de las cosas, tal es la ley de Dios! Siento que lo que se llama el partido realista, que encierra tantas capacidades, influencia y virtudes, quiera hacer una parada en la cuestion de Julio, porque él, como partido, no estaba interesado en ese negocio, negocio de palacio, de intriga, de pandilla, en que ninguna parte tenia la gran mayoría realista. Siempre es lícito y honroso tomar uno su parte de la desgracia ajena; pero no se debe tomar gratuitamente parte de una culpa que no se ha cometido; es preciso dejar á quien la revindica, la culpa de los llamados *golpes de estado* y de la direccion retrógrada, compadecer y llorar á las augustas víctimas de un error fatal, no renegar nada de los afectos honrosos para ellas; no repeler las esperanzas remotas, pero legítimas y, en todo lo demas, volver á las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, pelear con

al familia de las familias, con la patria. . . . ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos à ver la Francia. ¡Dios la proteja como à todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio de 1832, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pero de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas léjos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apénas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un jóven de Marsella (1) nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia,—aquella separacion de la tierra,—aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza é iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos;—aquellas palabras de despe-

(1) M. Antran.

dida,—aquellos versos,—aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos,—aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes, eran dignos de contemplar un verdadero poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento, nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos súspiros han tenido eco, porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecia á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos, de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de génio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de génio que en